

El Tráfico de la Tierra

El capitalismo lo cambia todo. Ha alterado nuestra relación con la Tierra. Ha despedazado territorios y arrancado sus materiales, transportándolos sobre la superficie del planeta como tráfico entre naciones y mercados. Extraer y exportar es el negocio del capital. Toda forma de intercambio es un acto de apropiación, pero la minería extrae materia que nunca va a ser devuelta; es tomada, transformada y traficada sin devolución alguna.

El tráfico de la Tierra es una colaboración entre los fotógrafos Xavier Ribas e Ignacio Acosta y la historiadora del arte, Louise Purbrick. Esta investigación documenta el movimiento de la riqueza mineral de Chile y su incorporación en los mercados globales y paisajes europeos. El salitre y el cobre son su foco. Desierto y ciudad, escombreras y casas de campo, ruina y regeneración, paisaje y archivo, Chile y Gran Bretaña: estos son los polos de un mismo circuito de capital basado en la transformación del salitre y del cobre como materiales industriales. En los últimos cinco años, Acosta, Purbrick y Ribas se han encontrado con otros artistas, fotógrafos, escritores, comisarios, traductores y activistas y han trabajado junto a ellos, compartiendo su preocupación por una política documental sensible a las desigualdades de las industrias extractivas.

El tráfico de la Tierra es una colección de documentos que reproduce constelaciones históricas de apropiación, acumulación, agotamiento y desplazamiento, de la violencia y su disfraz, relacionados con la minería de salitre y cobre. Es un trabajo de documentación. Se centra en la fotografía aunque ésta es solamente una de las múltiples aproximaciones posibles a los paisajes mineros históricos y contemporáneos. Una fotografía es un rastro, una marca en el espacio y en el tiempo, pero como escribió Walter Benjamin, «vivir es dejar huellas» y los documentos del salitre y del cobre han sido archivados y diseminados, preservados y ensombrecidos. El desierto de Atacama y sus puertos de Iquique y Pisagua, en el Pacífico, la ciudad de Londres, los muelles de Liverpool, el paseo marítimo de Swansea, las escombreras de Coquimbo, las fábricas de municiones y campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, casas de campo en Inglaterra y colegios de la Universidad de Oxford, en apariencia geografías aisladas, están sin embargo vinculadas entre sí por el transporte y la transformación del salitre y del cobre.

La detonación y el tráfico de sustancias terrestres pone en marcha una larga cadena de transformaciones materiales, ya que en la industrialización y manipulación de los mercados de materias primas se agotan tanto la tierra como el trabajo: los minerales se transforman en metal, la roca en químicos, los químicos en mercancías, el metal en intercambio, la sustancia natural en industrial y, finalmente, en abstracciones arbitrarias del mercado globalizado: son solo un valor, simplemente el precio de una acción. En cuanto el salitre es lanzado al suelo para alimentar el forraje de ganado o vertido en las mezclas explosivas que sirven de dinamita, y el cobre desaparece envuelto en conductos de plástico o como parte del intrincado cableado interno de computadoras y smartphones, solo queda su valor de mercado: son capital, se han vuelto formas capitalizadas, invisibles como cualquier otra cosa.

Pero nada desaparece realmente. Todo acto de apropiación permanece en la tierra: en ruinas y residuos. La contaminación es una evidencia histórica. Un rastro. Las enmarañadas geografías del desierto, el puerto y la ciudad también son historias que se cruzan. *El tráfico de la Tierra* atraviesa pasado y presente, uno se pliega en el otro en constante transformación.